

César Garizurieta

“El diablo no llegó” y otros relatos

Selección y presentación
Raquel Mosqueda Rivera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México, 2015

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

Garizurieta, César, 1904-1961.

“El diablo no llegó” y otros relatos / selección y presentación Raquel Mosqueda Rivera. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2015.

55 pp.

ISBN 978-607-02-6532-7

1. Cuentos mexicanos.

LC PQ7276

Dewey 863.4

Primera edición: 2015

Fecha de término de edición: 4 de abril de 2015

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva s. n.

Ciudad de la Investigación en Humanidades,

Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.

www.iifilologicas.unam.mx

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Av. del IMÁN núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.

www.libros.unam.mx

ISBN 978-607-02-6532-7

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México.

César Garizurieta y el no tan inocente humor

EL NOMBRE DE CÉSAR GARIZURIETA (Veracruz, 1904-1961) se asocia con frecuencia a una incisiva frase célebre: “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”; y a otra circunstancia, ésta sí hondamente significativa: César Garizurieta es el famoso “Tlacuache” mencionado por Efrén Hernández hacia el final de un conocido cuento.

Empero, a la par de su labor como abogado, magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Veracruz, consejero de la Presidencia de la República, oficial mayor del Departamento Agrario, político y diplomático (embajador en Haití durante tres años), César Garizurieta realiza una obra narrativa que comprende tres novelas: *Singladura* (1937), *Resaca* (1939) y *Recuerdos de un niño de pantalón largo* (1952), cuatro libros de relatos: *El apóstol del ocio* (1940), *Un trompo baila en el cielo* (1942), *El diablo, el cura y otros engaños* (1947), *Juanita “la lloviznita”* (1956) y una serie de textos dispersos en revistas de la época.

La poca crítica que sobre él puede encontrarse destaca dos atributos esenciales en su escritura: la inocencia y el humor. Respecto del primero de estos conceptos, el *Diccionario de la Real Academia Española* señala tres posibles acep-

ciones: “1. Estado del alma limpia de culpa. 2. Exención de culpa en un delito o en una mala acción 3. Candor, sencillez”. En gran medida, los relatos de Garizurieta exploran (explotan) estos tres sentidos; para el veracruzano, dicha cualidad funciona a modo de recurso, de estrategia literaria que le lleva a urdir narraciones que van desde sucesos tan cotidianos como el Día de Reyes, o de acontecimientos terribles, como beber la sangre de la víctima tras un asesinato. Justo éstos son algunos de los pasajes presentes en *Un trompo baila en el cielo*, relato compuesto por seis capítulos, narrados a partir de otro elemento fundamental: la memoria.

8 Tal como el título de uno de los libros de Garizurieta sugiere, estamos frente a los recuerdos de “un niño de pantalón largo”; de cierta manera, sus textos parecen cumplir con el “deber de no olvidar”, anotado por Ricoeur en su libro *La memoria, la historia, el olvido*. Precisamente de echar mano de los recuerdos es de donde surge el afortunado despliegue de la ya mencionada inocencia. Candor y sencillez definen la voz del narrador de estos episodios: un niño cuya primera infancia se encuentra dominada por una poderosa imaginación, azuzada, además, por un entorno idílico (un pequeño pueblo del trópico entre el mar y el bosque).

Con todo, a pesar de la añoranza que destilan algunas de sus páginas, varios de sus textos anticipan al Pacheco de *Las batallas en el desierto*, sobre todo en el presupuesto final de esta famosa novela: “de ese horror quién puede tener nos-

talgia”; lo anterior pone de manifiesto uno de los principales hallazgos en la prosa de César Garizurieta: una narrativa que des-idealiza la infancia al mostrar hechos profundamente trágicos, empero, despojados de patetismos y de juicios moralistas; es decir, da cuenta de la realidad del modo en que sólo un niño es capaz de hacerlo: brutal y hasta cruelmente.

Si bien es cierto que la materia de los recuerdos suele ser engañosa —digo engañosa porque, aceptémoslo o no, tras el recuerdo, casi siempre se esconde una realidad menos intensa, quizá muchas veces también poco digna de ser *tan* memorable—, para Garizurieta la memoria, el pasado propio, resulta una veta rica, casi ilimitada de dónde extraer historias. Transmite así varias anécdotas de infancia, a la vez que realiza un recuento de las distintas aventuras vividas como juez en pequeños poblados de provincia en el inicio de su carrera profesional; asimismo, no desaprovecha la oportunidad de “coleccionar recuerdos” que le proporciona su privilegiada posición en el gobierno.

Otro de los aspectos a destacar en la prosa de Garizurieta es el empleo del humor. Para Miguel Bustos Cerecedo, en “Los olvidados”, publicado en *Nivel. Gaceta de Cultura*, núm. 108, del 31 de diciembre de 1971:

Garizurieta hacía gala de su humorismo tropical, casi lépero, incisivo, directo y mordaz; pero ellos [tanto Garizurieta como Efrén Hernández] eran eso, extraterrestres, viviendo su nube

lejana de optimismo, hecha de ironía, de picardía muy mexicana, como hierbas extrañas en un palacio de nuestra aristocracia cimarrona. Pero el Tlacuache, como el animalito de nuestras rancherías, sí era de este mundo, cuando quería serlo para embestir, morder, la injusticia social, porque supo comprender los problemas del campesino, del obrero, de la burocracia [...]

Enfrentamos así varios matices, diversos modos del humor. Contradiendo lo expresado en *Fenomenología del relajó* por Jorge Portilla, para quien el humorista centra su atención en las miserias del hombre, en sus motivaciones más ruines o deleznales, los personajes de Garizurieta se caracterizan por su ambigüedad, es decir, el escritor no los sitúa abiertamente en ningún extremo de la balanza; los suyos son individuos excéntricos a los que no se sabe si llamar genios o locos.

10

Numerosos ejemplos de un humor incisivo, irónico, pueden encontrarse en los textos del autor de *Resaca*; sin embargo, igual o más numerosos son los del despliegue de uno festivo y liberador, que provoca la risa sin otro fin que la risa misma.

Podría decirse que este peculiar sentido del humor forma parte de la idiosincrasia de la gente del trópico, según lo declara el propio Garizurieta en *Recuerdos de un niño de pantalón largo*: “Tenía [mi padre], según he sabido mucho después, sólidos conocimientos de las letras y de la historia universal, y bien desarrollado el sentido del humor; no era cosa rara

porque en mi pueblo todos lo tienen afilado, principalmente para hincar el diente en la honra ajena y a veces hasta en la propia”.

Como muestra de esto, baste citar la serie de asociaciones que piden la ayuda de un alto funcionario gubernamental: “Ante mis ojos han pasado los documentos más raros del mundo, [...] ‘Sociedad Protectora del Perro Perdido’, ‘Liga de Resistencia contra el Cansancio’ [...] ‘Coalición Internacional de Ayuda Mutua a la Mujer Caída y por Caer’” (“La credencial”). En cierto sentido, los cuentos de Garizurieta responden a la función de la risa sugerida por Bajtin en su estudio *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de Françoise Ravelaise*: “La verdadera risa, ambivalente y universal, no excluye lo serio, sino que lo purifica y lo completa. Lo purifica de dogmatismo, de unilateralidad, de esclerosis, de fanatismo y espíritu categórico, del miedo y la intimidación, del didactismo, de la ingenuidad y de las ilusiones, de la nefasta fijación a un único nivel, y del agotamiento”.

En esta misma historia, el propio autor esboza una teoría respecto al humor del pueblo mexicano:

Hasta la fecha no hemos sabido reír, somos trágicos en nuestras proyecciones anímicas. La ironía, por más inocente que sea, la murmuramos en voz baja y en corrillos, como si se tratara de algo vergonzante. Esta forma fallida de ejercitar el

chiste como si fuera un delito, hace que no se comprenda, se desvirtúe, o en el mejor de los casos no se alcance a comprender. Debe practicarse con más frecuencia en beneficio del bien común. En España se dice que la risa da buena sangre. Los pueblos que ríen a espaldas de los demás siempre son trágicos (“La credencial”).

Lo anterior no contradice el mecanismo candor-nostalgia ya anotado, sino que refleja más bien la división de la obra de Garizurieta en dos vertientes: la de los recuerdos de niñez y la del hombre maduro, un tanto desencantado que, con lucidez y mordacidad, critica el contexto que le tocó vivir.

12

Este breve recorrido por la obra de un autor singular pretende demostrar que César Garizurieta no es sólo el “Tlacuache”, entrañable amigo de Efrén Hernández, o el autor de frases lapidarias y memorables, sino principalmente un gran narrador, cuya obra, por derecho propio, merece un lugar dentro de la literatura mexicana.

El caso de Garizurieta no es único, sin duda, aún resta un gran número de escritores en espera del momento de reencontrarse con el público, con miradas jóvenes dispuestas a compartir este no del todo inocente humor.

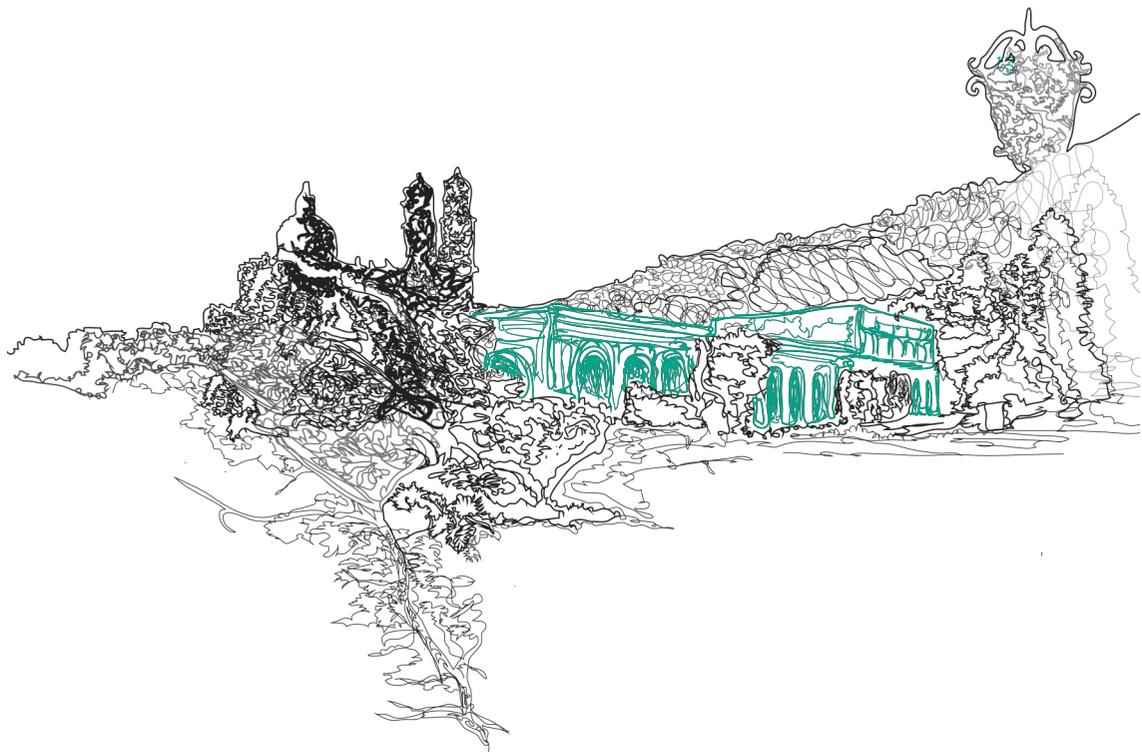


Raquel Mosqueda Rivera
Seminario de Edición Crítica de Textos

El diablo no llegó

DESDE NIÑO, cuando apenas si sabía hablar con propiedad, aprendí a leer en los periódicos que caían en mis manos. Primero conocí las letras de molde y después las manuscritas. A escribir aprendí años después.

Como era el hijo más pequeño de mi familia, crecí como un niño salvaje; hacía siempre lo que me venía en gana, sin que esto le importara a mi familia. No ha sido posible, ya de grande, corregir esto que hoy considero un defecto, pues desde muy niño fui la expresión de la libertad.



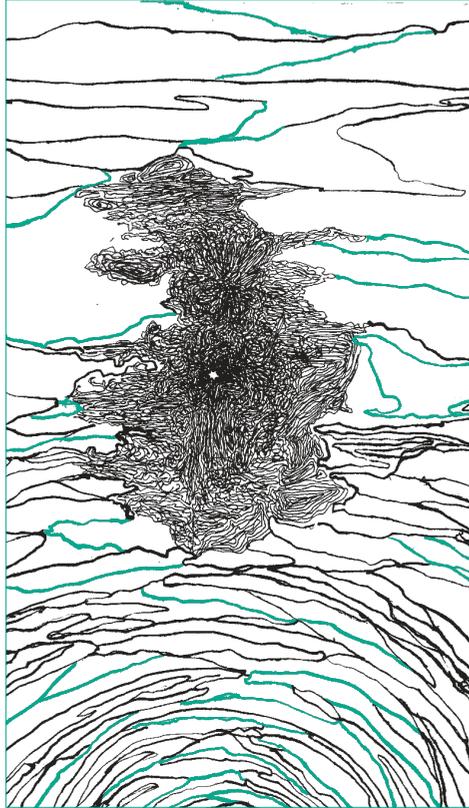
Por las noches solía visitar la cocina de la casa. Junto al fogón fabricado de barro me quedaba muy tranquilo oyendo contar a doña Inocencia cuentos de duendes y aparecidos. Sus cuentos tenían el sabor del café con leche; las veladas se prolongaban hasta que me dormía. Juan Crisóstomo era el más hablador de todos. Yo, casi siempre, preguntaba cosas tontas.

Los dos criados, almas de una sencillez que sólo corresponde a los primitivos, pensaban en la magia para resolver sus problemas; deseaban ser felices pignorando al diablo su alma inocente. De haber existido, lo hubieran pagado bien caro.

14

Cuando supieron que yo sabía leer en los libros, me trajeron uno que sacaron de un viejo trastero y que trataba de magia y me suplicaron que se los leyera. Al principio, con muchas dificultades, logré que me entendieran. Apenas si recuerdo lo que en dicho libro se decía. Se trataba de la fórmula cabalística para lograr la aparición del diablo. Ellos deseaban pedir infinidad de cosas y yo, humildemente, me conformaba con una estrella aunque fuera de las más pequeñas que existen en el cielo.

Por varias noches sucesivas leí el mismo párrafo del libro para que logran entenderme; ellos aprendieron de memoria, punto por punto, toda la serie de requisitos que era necesario observar para que el señor diablo pudiera obsequiar todas las peticiones. Ellos, como personas mayores, aprendie-



ron mejor que yo todo lo que al respecto decía el mutilado libro.

Una noche, burlando la poca o ninguna vigilancia familiar, salimos al bosque con el objeto ya premeditado de invocar al diablo, señor de las tinieblas. A mí me guiaba la

curiosidad de ver un hombre colorado y con cola, como los alacranes.

La noche era muy oscura, las luciérnagas encendían intermitentemente su luz, como si se tratara de los anuncios modernos. La arboleda cubría nuestro camino y colocaba a poca distancia su sombra negra. Se oía en la lejanía el triste latir de los perros, el volar zigzagante y monótono de los murciélagos, el grito lánguido del tecolote que cantaba en la rama de algún árbol lejano y que repetía el eco, como si se tratara de un muchacho mal educado que tratara de engañarnos.

16

Por delante marchaba Juan Crisóstomo llevando en un costal una gallina clueca y un gato negro en una bolsa; la primera cacareaba y el segundo maullaba lastimeramente, como si en verdad tuvieran miedo al diablo, que estaba muy ajeno a lo que iba a suceder. Yo por mi parte no tenía miedo, pues aunque la noche era muy oscura, seguramente esperaba que la estrella bajara del cielo y, como los pájaros amaestrados, se posaría en uno de mis dedos. Bajaría del cielo misterioso —lugar lejano que se pierde de nuestra vista—, en donde está perdido el horizonte y tierra y cielo se juntan en estrecho abrazo.

A mí la criada me llevaba cogido de la mano, sin volver para nada la cabeza, pues el libro decía que era un mal augurio. Caminamos mucho por en medio de grandes árboles, escapando furtivamente por desconocidas veredas. De repen-

te, en medio de las tinieblas, se escuchaba el trino de algún pájaro que, al despertar, volaba a otra rama más acogedora, pues era atacado por algún animal dañino.

Seguimos caminando y, como me sentí cansado, la criada me cargó en sus brazos para que durmiera. Había veces que el sueño me rendía; pero mi propia alegría de pedir al diablo una estrella me lo quitaba. Estaba muy alerta y pendiente de lo que pasaba, estaba despierto, pero fingía dormir para que me siguieran cargando cómodamente en los brazos. Sonreía pensando en que engañaba a la criada por comodidad.

La vieja con voz de mando dijo:

—Aquí.

Yo oía cómo la mujer respiraba con fuerza, como si estuviera cansada o con miedo. Nos paramos en seco. Con suavidad la señora me hizo descender de sus brazos.

Se me olvidaba decir que si yo, no obstante mi pequeña edad, acompañaba a gentes mayores se debía a que en el libro, entre los requisitos exigidos, estaba que todas estas cosas debían ser hechas por un inocente, circunstancia que yo, sin duda, cumplía. Ya se comprenderá que era la inocencia personificada.

—¿Ya mero serán las 12? —dijo Juan.

La vieja miró a lo alto como queriendo encontrar allí un reloj.

—Poco falta —contestó con voz baja la mujer.

Las dos personas habían escogido el lugar apropiado, tal como lo recomendaba el libro. Era una especie de plazoleta, donde se unían cuatro caminos, una encrucijada que veía a los cuatro puntos cardinales. En dicho lugar colocaron algunas piedras y sobre ellas me subieron a mí. Yo quería preguntar algo; pero no lo hice porque el libro de magia decía que los niños no debían preguntar cosas que no les importaban y, al recordar eso, mejor guardé silencio. El tiempo se me hacía largo, como si me lo fueran alejando manos misteriosas.

Juan se colocó delante de mí. Destapó a los animales que traían, abriendo el costal; hacían un ruido verdaderamente infernal, el que hacen un gato y una gallina cuando están juntos. Los dos animales reñían y no se callaban, por más que los regañaban.

18

La criada hizo en dicho lugar invocaciones raras, levantó a lo alto las manos, después arrojó algunas yerbas misteriosas a los cuatro puntos cardinales y, por último, se quedó mirando fijamente a una estrella. No recuerdo con detalle las palabras que dijo. Se parecía al cura en sus ademanes.

Muy lejos de mi vista se veía una claridad lechosa que sobresalía por arriba de las copas de los árboles: era el pueblo, que alumbraba con su deficiente luz eléctrica. Allí a lo lejos dormía mi familia y no se imaginaban lo que yo andaba haciendo a altas horas de la noche. No me preocupó que al otro día recibiera un merecido regaño paternal.

Repentinamente se escuchó un sonido metálico que hizo vibrar el viento, y la vibración voló entre el aire por todo el espacio sin límites, hasta llegar a mis oídos. Era la primera campanada que sonaba en el viejo reloj de la derruida iglesia pueblerina; principiaba a anunciar las 12 de la noche. Tin, tan: eran los cuartos de hora que anticipaban las horas que eran señaladas por una única campanada; significaba la hora fatal, que era esperada con gusto y júbilo, pero con cierto temor. Sentí como si un aire frío me recorriera todo el cuerpo. Pero había que ser muy hombre.

La noche estaba en silencio, se respiraba un aire agradable que olía a humedad y a yerbas que perfumaban el ambiente. Uno que otro mosquito zumbaba cerca del oído; yo lo espantaba con la mano. Los cocuyos rompían la oscuridad con su luz: parecían niños que encendían los fósforos robados en la casa. Tomé un cocuyo de una luz verde y me lo restregué sobre la camisa y me dejó una hermosa mancha de luz, como si me estuviera quemando.

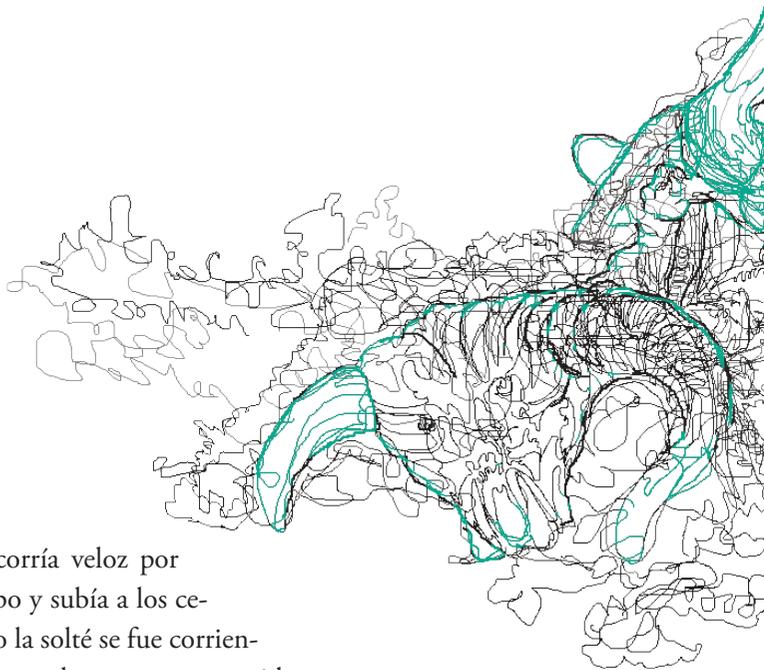
La mujer me gritó que estuviera listo. Yo me sentía el muchacho más importante del mundo. Estaba haciendo algo que muchos envidiarían cuando lo supieran.

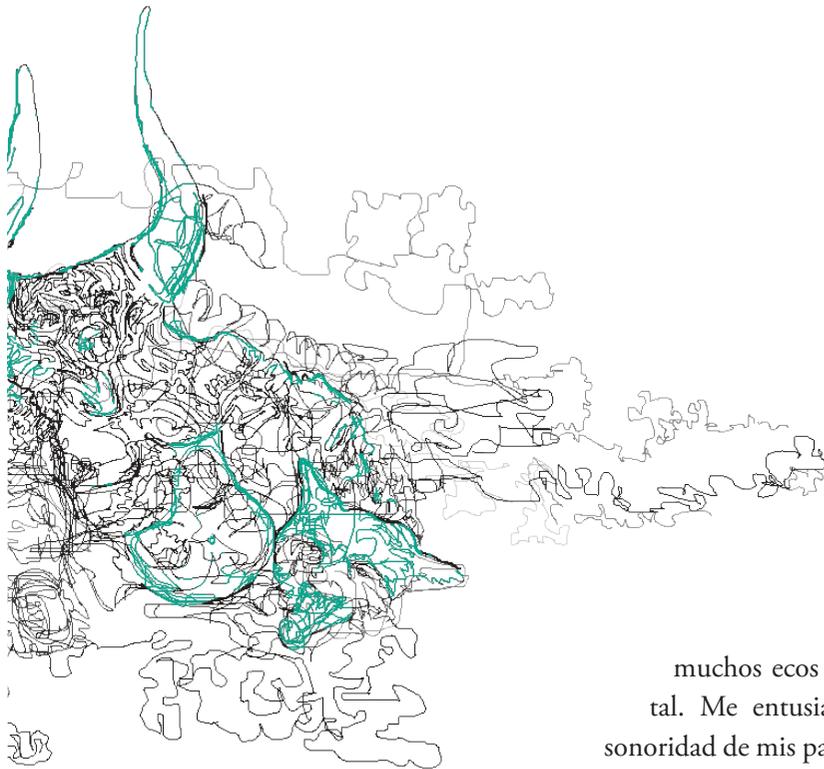
Al escuchar una campanada aguda que venía del pueblo, anunciando las 12, grité con toda la fuerza de mis pulmones y tomando las manos como bocina:

—¡Díaaabloo!

Mi voz corría veloz por todo el campo y subía a los cerros. Cuando la solté se fue corriendo como el venado que es perseguido por los perros.

Los dos criados no voltearon a verme. Yo, por primera vez, tuve miedo. Yo mismo escuché mi voz que salió corriendo por el llano y subió a los cerros. De los cerros llenos de vegetación y de piedras, volvió la voz, como si el eco se hubiera escondido en algún lugar y asustado regresara precipitadamente. Remedó mi grito y repitió con claridad mi última sílaba. Fue un solo grito, pero se multiplicaron los ecos misteriosos, como si mi voz fuera de vidrio y se hubiera roto en





muchos ecos de cristal. Me entusiasmó la sonoridad de mis palabras y volví a gritar con fuerza:

—¡Diaaabloo!

Me asusté de mi propia voz, como si no hubiera sido el que gritara, como si yo fuera el eco de mi propio eco. El corazón me daba brincos como de liebre asustada; parecía como si se me fuera a salir del pecho.

Sonaron otras campanadas y dándome ánimo y valor volví a gritar. El grito fue muy largo hasta que se me agotó el aire de mis pulmones. Me cansé; pero pude gritar alegremente:

—¡Diaaabloo!

Esta vez para no escuchar el eco de mi voz, me metí los dedos en los oídos y solo oía una especie de rugido, como si escuchara un mar en la lejanía; tenía la clara impresión de tener un mar dentro de mis oídos. Otras veces era un silencio tan absoluto que no escuchaba nada, como si todas las cosas hubieran dejado de existir en el mundo y la vida se hubiera muerto repentinamente.

Cuando mis amigos caminaron, se escuchó un ruido pequeño; eran nuestras pisadas que al andar quebraban las hojas secas. Ellos andaban hacia atrás llevando cada uno un animal, tal y como lo prescribía el libro que les había leído. Yo los veía con curiosidad; no sabía si estarme serio o reírme por las rarezas que hacían en la oscuridad. Miré hacia arriba donde estaba el cielo con su noche oscura, muy oscura; se veía allí un pequeño rasgo: una herida blanca; era cual la hendidura que como señal tienen en la espalda las alcancías de barro; eso semejaba la luna. Recordaba mi alcancía de barro, un puerquito gordo con su ranura en forma de luna recién nacida y después los centavos colorados, como pequeños soles.

Mis amigos estaban lejos de mí y los veía vestidos de blanco; de cerca los seguían sus respectivas sombras, paso a paso, como si se tratara de amantes fieles. Allí estaban los dos parados, inmóviles y vigilados por su sombra.

Al sonar la última campanada, hubo una pausa de silencio, y Juan me dijo con precipitación y elevando el tono de su fuerte voz:

—Ahora —Y me hizo una señal que yo interpreté muy bien al recordar lo que decía el libro. Como muchacho obediente, guardé silencio. Ya no volví a gritar, aunque me hubiera gustado.

Mis amigos caminaron hacia atrás y arrojaron con fuerza y, como queriendo que volaran, gato y gallina. El primero me rasguñó la cara y el ave me cayó sobre la cabeza. Por supuesto, no lo recomendaba así el libro: fue una desgracia de la que yo recibí las consecuencias.

Permanecí por algunos segundos sin movimiento, aguantando la respiración, me imaginaba una estatua; esperaba oler a azufre, que es la tarjeta de visita con que se anuncia el diablo; o que se abriera la tierra, para que por allí se asomaran los cuernos del diablo. Me escurrían gruesas gotas de sudor por la frente y esperaba lleno de angustia; los minutos pesaban sobre mí como fuertes cadenas. Sentía en la cara ardores por el rasguño del gato; pero no lloré; mi curiosidad vencía al miedo. Si yo me hubiera visto las muecas que seguramente hice, me hubiera reído de mí mismo.

Pasó un gran rato y no escuché ni vi nada sobrenatural; esperé cerrando los ojos y apareció una noche absoluta en mi cabeza —sin una estrella—; asustado, los volví a abrir. Me sentía muy triste, como si hubiera perdido la ilusión; para mí que era un juguete que se rompe en pedazos.

El aire me traía el perfume del hueledenoché y el olor penetrante de la majada de las vacas: el estiércol olía como

un perfume agradable. A lo lejos un gallo dejaba caer sobre el silencio su monótono canto, repetido por otros gallos como si fueran múltiples ecos, y se perdían en la amplitud de la noche y la grandeza de la selva. Rumbo al río se perdían los cantos como si se diluyeran en sus ondas.

El reloj del pueblo volvió a repetir sus 12 campanadas, sin sonar el tintín de los cuartos de hora. Todos esperamos con ansiedad marcada por nuestro común silencio, pero el diablo no apareció por ninguna parte. Mi corazón saltaba en mi pecho como el tictac de un reloj que trajera en la bolsa de la camisa. Era inútil esperar; no pasaba nada.

En el firmamento, como único testigo aparecía una estrella con su luz azulosa. La luna era una línea tenue, como la pequeña línea de los párpados cuando el ojo se cierra.



Nadie habló una sola palabra. Así, en silencio, regresamos al pueblo, tristes y cabizbajos. Los dos sirvientes, con ritmo igual, andaban despacio. Caminaban, y su pie desnudo quebraba las hojas secas que encontraban en las veredas. Así también se quebraban los pedazos de ilusión de estos hombres.

Juan iba triste, decepcionado; seguramente hubiera pedido al diablo un rancho con sus vacas y sembradíos. Yo no tenía mi estrella. Lo mismo le sucedía a Inocencia; regresaba más desencantada que nosotros. Si la hubiese visto a la luz del día hubiera contemplado cómo por su cara le escurrían muchas lágrimas.

Al poco tiempo Juan Crisóstomo desaparecía de casa; supimos que capitaneaba una banda de rebeldes que robaban las vacas y se apoderaban de la tierra. Seguramente quiso sentirse libre por su propia voluntad, sin recurrir al diablo que le había negado sus deseos. Yo lo hubiera acompañado en esta aventura; pero no me avisó cuando se fue.

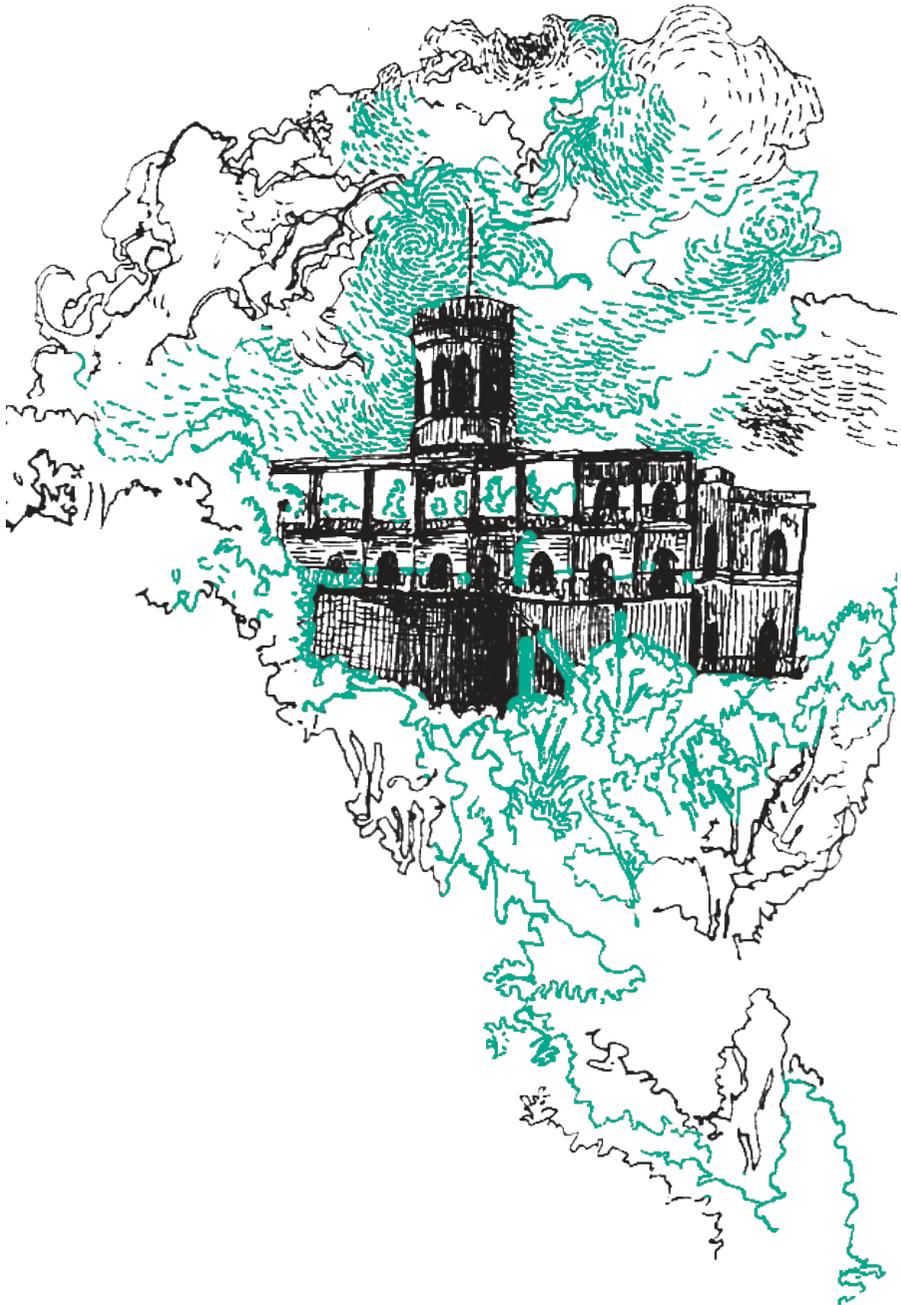
Al regresar al pueblo, el camino se hizo más largo, como si lo hubieran estirado; nadie tuvo el atrevimiento de hablar. Yo me dormí en los brazos de Inocencia, quien me despertó hasta que llegué a casa. Al despedirse de mí, recomendáronme que nada dijera de lo sucedido. Lo hice así, hasta hoy que lo cuento públicamente, aunque un poco desdibujado. No dije nada a nadie; sentime fracasado y cómplice de cosas misteriosas que nunca me expliqué. Hasta ya de grande com-

prendí esta invocación misteriosa del diablo: la Revolución me explicó todo.

Me dejaron en la puerta del cuarto donde dormían mis hermanos. Como aquella noche hacía mucho calor la puerta permanecía abierta de par en par. No fue difícil orientarme en mi cuarto: el miedo que sentía al estar solo me ayudó a encontrar mi cama.

Los sirvientes se perdieron en la oscuridad. Yo no podía dormir; mis ilusiones subían al cielo a enredarse con las nubes. Pasaron las horas. El gallo de la casa cantó sacudiendo las alas con fuerza; anunció el nuevo día que llegaba. Empezaba a amanecer; un día nuevo igual que todos, igual que muchos. En el patio Juan partía leña, yo escuchaba los golpes. Inocencia también trabajaba. Se oía el acompasado y monótono vaivén del metate que rompía los granos de maíz para preparar las tortillas.

Estuve muchos días enfermo y, cuando de grande recuerdo esta aventura, me asusto.

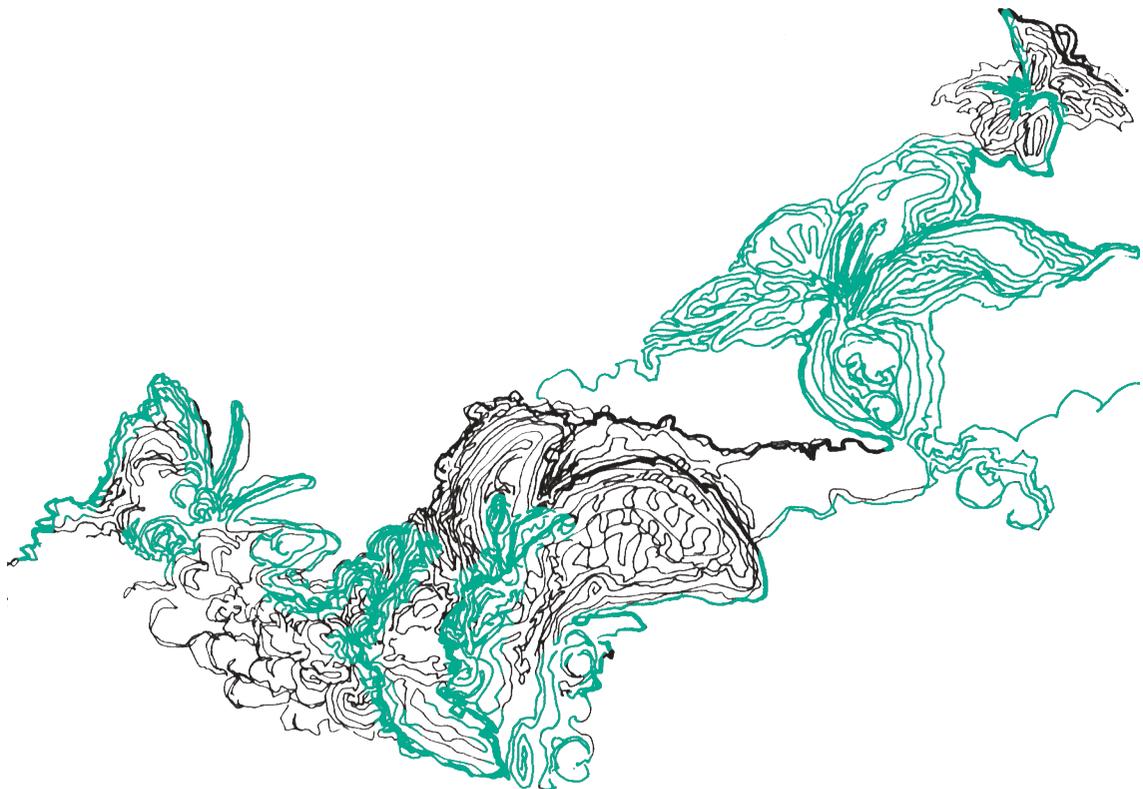


Un agujero en el zapato

NO SABEMOS a qué misterioso designio atribuir la causa; pero nuestro personaje llamábase Amando Namorado. Y en realidad, su nombre explicaba su vida: un eterno fracaso amoroso. En fin, Amando era un desgraciado personaje de novela, sin veneno y otras cosas.

Amando había amado muchas veces, pero siempre con idénticos resultados, ya que en amores le perseguía una mala suerte imponderable. Debido a la repetida adversidad no tuvo otro remedio que dedicarse a la poesía. Además —por qué no decirlo— el hambre que a veces aconsejaba sus versos tuvo gran resonancia en su musa, que era triste y llena de conceptos vulgares.

A menudo, en las fiestas familiares —ocasión que sabía aprovechar cumplidamente para recitar sus versos—, lograba que las señoras entradas en años y exentas de maridos derramaran pertinaz llanto a la tristeza, de negras ojeras, que fluía de su poesía. “Sus versos, decía un crítico y generoso amigo, se hallan vestidos de riguroso y sin igual luto”. Su poesía, como buen ciudadano, la adornaba con metáforas que se referían al relámpago, al trueno, al proceloso océano o a cualquier otro fenómeno meteorológico. En síntesis, sus versos provocaban frío y unas ganas ineludibles de abrir un paraguas.



Amando, como todo poeta que se precia de serlo, descuidaba voluntariamente su aspecto exterior; dejaba, displicentemente, crecer la barba y nunca quiso peinar su negra cabellera. Parecía que toda la semana ensayara un método para aparecer absolutamente despeinado los domingos, que eran los días que recorría las calles en busca de la amada, que nunca aparecía.

Su único traje era viejo y raído; nunca lo había planchado, como si con él hubiera nacido. Su camisa, que en sus



buenos tiempos fue blanca, lucía una ancha corbata negra, ya pasada de moda; semejaba una mariposa negra que se le hubiera posado en el pecho. Amando siempre se vestía de negro, como si tuviera la obligación cotidiana de asistir a un entierro. Era delgado y alto; su cara, amarillenta y enfermiza, como si diariamente se levantara después de una grave enfermedad.

Él estaba orgulloso de su palidez romántica, pero a los demás no les hacía gracia. En cierta ocasión que estuvo muy enamorado de una muchachita, ella se burló de su blancura enfermiza. Desde ese día no volvió a verla y lució de nuevo en el pecho, en lugar cercano al corazón, otra decepción, como una condecoración que llevara en secreto.

Lo que a él más agradaba de su persona eran sus negras ojeras, que serían la base del éxito de sus futuras conquistas, aunque en realidad eran motivadas por el hambre y sus constantes preocupaciones económicas.

Sus amigos solían prestarle algunos centavos para que comiera; él prometía pagarlos tan pronto como le liquidaran el producto de un libro de versos, que era tanto como no pagar nunca.

La voz quejumbrosa y suave, como cantante de tango, que tenía Amando llegó a entusiasmar a algunas damitas. Al final lo rechazaron, atendiendo los sanos consejos de los padres de ellas, que no veían en el pobre poeta un buen partido.

En cierta ocasión, asistió como invitado de honor a una fiesta familiar; una muchacha romántica, que había nutrido

su romanticismo en el radio y en el cine, se enamoró de él. Su pasión nació al oírle recitar unos versos intitolados “Tristeza azul”. Ella se llamaba —¡oh feliz coincidencia!— Amada. Y él hizo poemas que se referían al amor, y no dejó en paz al muchas veces conjugado verbo que tantos dolores de cabeza ha causado desde nuestro padre Adán, cuando Eva hizo la hazaña de la manzana, que luego repitiera con mejor éxito Guillermo Tell.

32

Amada era exquisitamente cursi y le hubiera agradado más llamarse Julieta, como su vecina que vivía en el 5. Le agradaban los perfumes y las flores y solía llorar cuando escuchaba uno de esos vales pasados de moda. Me atrevería a jurar que había leído todos los libros románticos. Siempre se vestía de blanco y, gracias a su buena memoria, sabía los nombres de los principales venenos. Hubiera sabido, si el caso lo hubiera requerido, manejar una pistola y suicidarse en el momento oportuno; pero eso sí, no morir del todo, para que el enamorado la llevara oportunamente al hospital de la Cruz Roja en una ambulancia blanca, entre los silbatazos de la policía y las sirenas de uno que otro motociclista. Hasta habría escrito sendas epístolas sentimentales, una de despedida a sus familiares, otra para ahorrarle trabajo a los detectives y suplicarles no usaran el procedimiento de la parafina, ya que sería inútil, porque dejaba este valle de lágrimas por su propia voluntad y por la terrible decepción que le había causado nuestro mundo, que ya no era romántico y bello

porque nadie se suicidaba por amor. También se quejaría del dolor del amor no tenido, pero sí escuchado, que no le había desaparecido ni con la “cafi aspirina” o mejores analgésicos, ni con los viajes al mar como lo aconsejara Stendhal para el mal de amores.

Amada se enamoró de nuestro héroe en las cadencias de un baile, cuando él le susurró al oído la frase mil veces esperada por ella. Amando apuntó en el mero corazón y le disparó una frase que ya muchas veces había resultado estéril; fue como si le hubiera ordenado al amor: “Manos arriba”, porque éste se rindió incondicionalmente, como una plaza fuerte carente de alimentos y municiones.

Amando habló así:

—El amor es un suspiro que se transforma en un beso.

33

Y fue efectivamente un beso fácil. Aprovechando el momento de una penumbra propicia debido a que se había fundido uno de los tapones de la luz eléctrica. Amada sonrió y dejó escurrir una lágrima por una de sus mejillas, puestas previa y pudorosamente al rojo vivo. Con el calor de la mejilla se evaporó la lágrima muy pronto.

Ella repitió otra frase estudiada:

—El rosicler de mis mejillas es como el amanecer en mi tierno corazón. Le amo como aman las palomas en los campanarios.

—Estoy conmovido, hasta muy adentro —dijo él—. Soy feliz, y ojalá hubiera otro corto circuito.

Y los ojos de Amando se mancharon de rojo.

A él le fue muy sencillo llorar porque el foco de la luz era demasiado grande y molestaba, y también porque tenía una gripa permanente que le atormentaba y que tarde o temprano le conduciría hacia una tuberculosis galopante a lo Margarita Gautier, tal como aparece en la página 150 del libro.

Pasaron varios meses y se sucedieron poemas de acuerdo con las estaciones del año; planearon novelas que felizmente nunca llegaron a escribir y que eran suficientes para hacer llorar a un regimiento o a un desfile cívico. Pero los novelones nunca pasaron de ser proyectos, de esos que se cuentan en voz baja a la luz de la luna, entre trinos de aves que perdieron su nido.

34

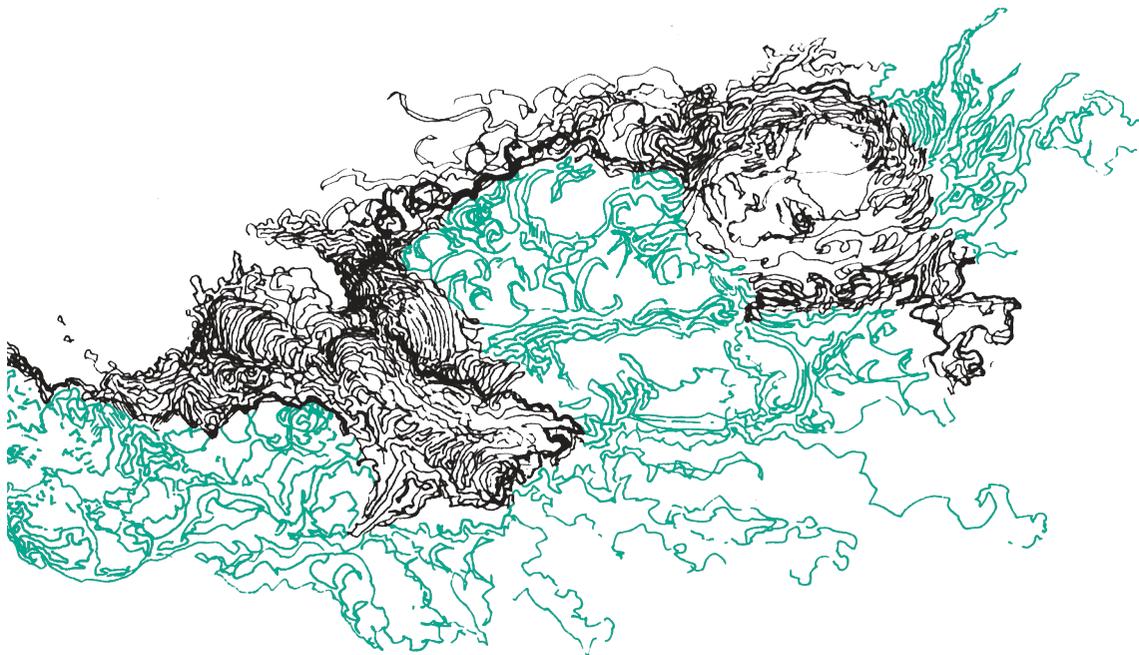
Mientras duró el amor, nuestro héroe tuvo un cambio radical en su personalidad y su modo de ser; varias veces se hizo arreglar el pelo con un figaro de confianza y más a menudo logró quitarse la barba que le daba aspecto de complotista en contra de la seguridad de las instituciones. Cuando la visitaba procuraba cepillar su traje. Se veía un poco más limpio. Hasta la corbata negra cambió por una que tenía rayas rojas, azules y blancas, que más bien parecía uno de esos anuncios giratorios que aparecen en la parte de afuera de las peluquerías.

Cuando el papá de la muchacha, uno de esos tipos que en derecho civil se llaman buen padre de familia, supo que el poeta de los versos románticos no tenía ocupación o, como



se dice en el mismo derecho, modo honesto de vivir, con maneras afables y corteses hizo uso del natural imperio y lo obligó a desalojar la casa, dándole un fuerte portazo para que el enamorado supiera que había provocado su ira.

Amando se vio obligado a recorrer las calles, sin rumbo fijo, pero procurando siempre colocarse en la esquina cercana a la casa en donde vivía su amada, arrebatada por un destino amargo transformado en un padre cruel, de mal carácter y de peores maneras. Como enamorado de valiosos y finos quilates continuó insistiendo con tesón y valentía; se comunicaba con ella por medio de una sirvienta cómplice, que hacía entrega de las cartas amorosas de acuerdo con una gratificación convenida.



El destino fatal hizo que estos dos grandes corazones unidos por el amor se separaran, como es obligatorio que suceda en las novelas; se perdieron para siempre y “nunca más”, como en el verso de Poe, se volvieron a ver. Ella sufrió una terrible decepción, al ver destruido el ídolo que había fabricado con sus sueños de mujer que no vivía en la realidad.

El amor, como todas las grandes pasiones, no resiste una burla o una situación ridícula. El gran amor se destruyó solo por una carta. Y eso no lo pudo entender nunca el enamorado que seguía con su pasión hirviendo en baño de María.

Al poco tiempo, el padre volvió a admitirlo en el hogar; no le quería mal y hasta lo invitó, algunas veces, a cenar. Cuando supo que su hija había roto las relaciones amorosas con él, tuvo un serio enojo, porque estimaba que era un capricho de la muchacha; pero fue inútil, todo había terminado y no era posible que volvieran a entenderse. Ella se negaba a verlo porque quería conservar en su mente al héroe quimérico de sus versos y no al hombre vulgar como todos los que veía en la calle.

Amando Namorado retornó a su vida solitaria; volvió a la hirsuta cabellera y a las luengas barbas, barbas sin relieve, que se dejan crecer por flojera y no para dar distinción a la persona que las lleva. Como todo actor que sabe bien su papel de hombre que lleva adentro una gran tragedia, se refugió en una taberna de la peor ralea, donde había tomado la mala costumbre de emborracharse a costa de los amigos

que le invitaban algunas copitas. Se embriagaba a menudo y, ya en completo estado de embriaguez, gritaba como un energúmeno; otras veces —en razón de las copas ingeridas— lloraba copiosamente, y decía: “¡Oh, las mujeres!” O bien solía murmurar con voz llena de pesar y llevándose las dos manos al pecho:

—Llevo un cuchillo clavado en mitad del corazón.

Lloraba tanto que más bien parecía que trajera clavado un tenedor.

Yo le conocí en la cantina en donde varias veces fui víctima de su llanto, que pacientemente recibía en mi hombro; creo que a causa de esa humedad se debe mi terrible reumatismo en el hombro izquierdo, que hasta la fecha no he podido curar.

Cuando yo conocí a Amando, ya se había envenenado con las lecturas de Schopenhauer, Pitigrilli y algunos otros escritores de igual índole. Se sabía de memoria todas las frases que dichos autores han dedicado a las pobres mujeres. Repetía muy a menudo aquel aforismo memorable del filósofo de Danzig, que con tanto gusto los peluqueros propietarios de salones de belleza quisieran que en la actualidad fuera verdad, pues tendrían asegurada una numerosa clientela que pagaría con mucho gusto por no traer el pelo largo.

Con el tiempo supe cuál había sido la causa de la tragedia, así como el desarrollo de los acontecimientos. Amada lo despachó únicamente porque había escrito una carta que no

fue de su agrado; creyó que se trataba de una broma y que el galán no la tomaba con la seriedad que el caso requería.

Amando, bañado en lágrimas —único baño que yo le conocí—, se animó, en un arranque de sinceridad, a mostrarme la carta culpable de su desastre amoroso. Para él dicha carta era el mejor escrito que había hecho en su vida; la había meditado durante varias noches escuchando los sanos consejos de la almohada. Decía: “Qué vamos a hacer con las pobres mujeres, como con tanta razón lo dijo Schopenhauer”.

Me consideraba su amigo. Y en premio a que yo tenía el valor de escuchar sus quejas y, además, como buen enamorado, amante de hacer sus confidencias, me prestó la carta en cuestión, que copio para terminar este pequeño relato.

38

La carta decía lo siguiente:

Dulce y sencilla Amada:

¡Si vieras cómo mi amante corazón destila en sus constantes contracciones un amor que todo lo devora! Cada glóbulo de mi sangre, los blancos así como los rojos, dicen: ¡te quiero!

¡Oh, mañana tempranera de abril alegre y triunfal! Los pájaros en sus trinos, los trenes cuando abren sus puertas, el céfiro cuando acaricia las ramas de los árboles, dicen: te amo. Y me recuerdan tu nombre, que llevo no tan solo bordado en la bolsa de la camisa con letras rojas, sino más adentro.

No he podido resistir a la tentación de escribirte una vez más, y espero la contestación muy pronto. Mi corazón

palpitará al entregársela a la criada de tu casa. Ella me parece una paloma mensajera que volara en busca de tu amor. Cuando la recibas (la carta) todavía encontrarás sobre ella el calor de mi amor que arde a la misma temperatura de la fusión de los metales raros.

¡No dudes ni por un momento de la calidad de mi cariño, que es capaz de atravesar las montañas y subir a los astros más lejanos!

¡Mi amor es duro como el cristal de roca y tiene punto de garantía como algunas plumas fuentes!

Por tu amor sería capaz de cualquier sacrificio, atravesar los infiernos y el fuego eterno. Si me llegaras a necesitar correría en busca tuya para protegerte; nadie ni nada sería capaz de detenerme; ni la tempestad, la tormenta, el viento, la lluvia, el granizo, el huracán, la lava de los volcanes, el proceloso océano, el diluvio o tu padre.

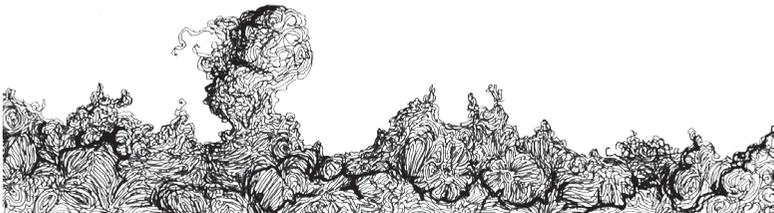
Soy capaz de cualquier acto heroico solo por ver una sonrisa tuya o escuchar de tu boca: 'te quiero'.

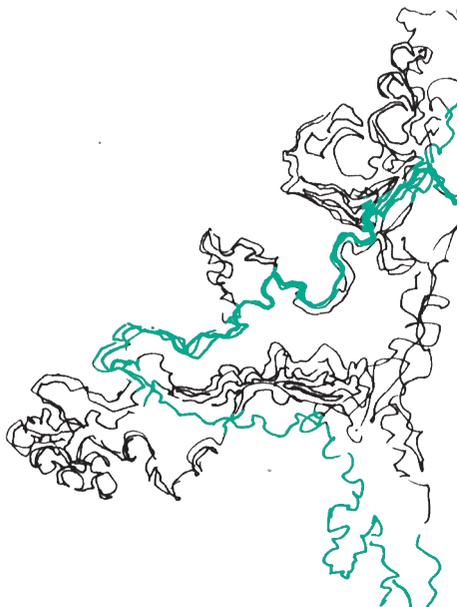
Tuyo hasta la cercana muerte.

Amando

P.D. Llueve a cántaros y sigo con el resfriado.

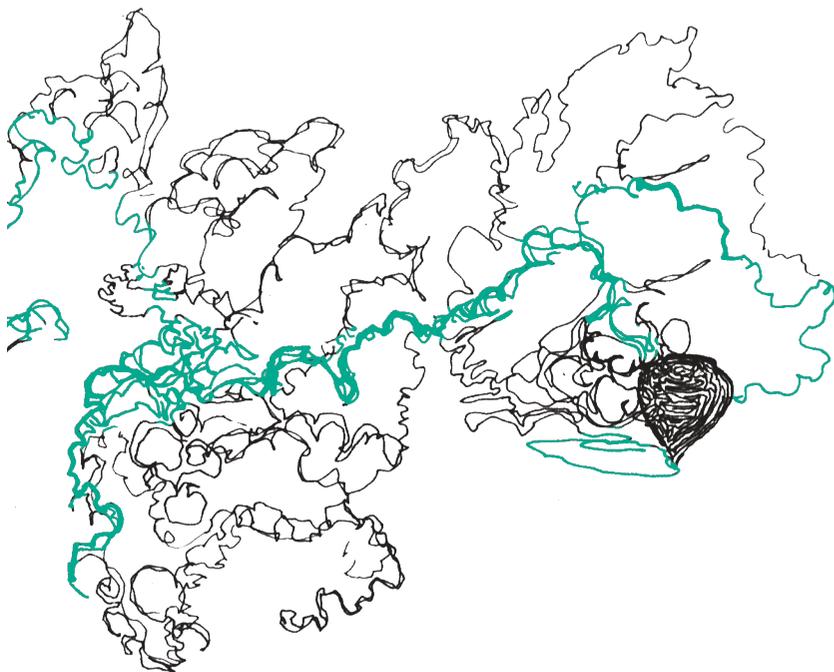
¡Si no tuviera un agujero en la suela del zapato te vería hoy, a la luz de las estrellas que adornan la noche!"





El apóstol del ocio

LA OFICINA en donde solía trabajar Julián Larios estaba situada en la parte baja de un edificio de la época colonial; era un salón angosto y muy largo; la luz natural faltaba en todas las épocas del año, por lo que había necesidad de alumbrarse con electricidad. A lo largo del salón se encontraban colocadas dos hileras de escritorios y, ante cada uno de ellos, sentado, un empleado: hombre o mujer, todos parecidos. La única diferencia que les distingue es la denominación en el presupuesto o el sueldo disfrutado. En algunas caras se



adivina el goce interior de una buena remuneración, en otras la tristeza producida por la miseria; pero, eso sí, todos los burócratas son iguales.

Desde que el empleado llega se sienta en su escritorio y trabaja con el aburrimiento marcado por gruesas arrugas en la frente. Casi nadie se atreve a sonreír. Solo hay alegría en los rostros de las gentes cuando van a abandonar su ocupación.

Como toda oficina pública, era una antigua sala de una gran residencia. A la entrada de ella encontramos el escritorio del jefe; el mueble es viejo, aunque siempre está limpio y adornado con flores, que alguna empleada coloca con celo burocrático. El hombre que se sienta en dicho mueble es el jefe. Es gordo y se viste con figurines que no están de acuerdo con su edad. Este señor a todas las personas que conoce las trata con una cortesía empalagosa, y lo hace en tal forma, que parece que premeditadamente les hiciera groserías.

42

Por un azar del destino llegó a jefe. Los empleados subalternos afirman que es un ignorante; pero él siempre procura corregirlos para que noten que es una persona capaz. No hay empleado que le presente por primera vez un asunto que no se quede sin llevarse en su escrito una gran coma marcada con lápiz rojo, sea o no sea necesaria. Los más sumisos con él son los señores ancianos o las mujeres feas que empiezan a despedir, con sus primeros adioses, a la juventud.

Describí, a grandes rasgos, el fúnebre y triste lugar donde trabajó mi amigo Julián Larios, un compañero de co-

legio que casi puede llegar a los 35 años. Desde la escuela, lugar en donde le conocí, siempre fue un joven dinámico y de sensibilidad algo notable: era el poeta de los estudiantes. Julián había procurado ser libre, y lo había logrado; nada le ataba a la vida, así se tratara de la cuestión más seria y trascendental.

Él mismo solía llamarse el “Inquieto anarquista”, aunque lo de inquieto era una mera metáfora, pues no hacía nada útil en su vida, ya que siempre se le vio en los corredores del colegio, con el libro inútil debajo del brazo y las manos dentro de los bolsillos del pantalón. Solo por ser un buen conversador se comprendía que era un hombre que tenía alma y vida en el cuerpo, pues cuando se sentaba en algún lugar quedaba inmóvil, a tal punto de producir la impresión de que el asiento se le pegaría atrás y que, al ponerse de pie, lo seguiría como una cola de nunca pensada forma.

Mi personaje era un joven delgado, pálido y mal vestido. Pertenece a la clase media: de esos pobres muchachos que gracias a grandes sacrificios familiares pueden concurrir a la escuela y labrarse un modesto porvenir; después son el obligado sostén de los padres y de los numerosos hermanos.

Mi amigo era un rebelde y no cumplía estrictamente con la misión que le había encomendado la familia. Era inteligente pero poco estudioso. Los maestros le estimaban por la facilidad que tenía para el estudio, y lo consideraban como uno de los mejores estudiantes.

Una mañana invernal, cuando todos estudiábamos con tesón el examen de fin de cursos, se presentó en la escuela y nos esbozó una teoría que había elaborado documentándose en los grandes maestros de la filosofía y uno que otro literato. El día que la refirió le vimos sonreír con placer; sentíase el portavoz de un nuevo evangelio salvador de la humanidad y se declaró “El apóstol del ocio”; como consecuencia, nunca volvió a estudiar sus clases. Únicamente se concretaba a leer los libros que le agradaban, y lo hacía acostado. Se declaró enemigo jurado del trabajo y no hubo modo de hacerlo entrar en razón de que para vivir es menester una ocupación lícita.

44

Según supe, por propia confesión, tal idea se la había inspirado el escritor francés Carlos Fourier, quien pretendió una holganza sistemática de los hombres: la guerra del ocio para conseguir la destrucción del Estado. Nuestro héroe agregó: “Los hombres, sin trabajar, podían conseguir mejores dispositivos revolucionarios, al no crear un capitalismo, que con un movimiento armado, que en último caso no serviría para nada; en cambio, el ocio lo conseguiría todo”.

Julián Larios estaba orgulloso de su holgazanería; a ella debía la libertad que por entonces disfrutaba, pues nada le importaba en la vida. Para él eran mitos el Estado, la familia y, sobre todo, el amor, en el que veía la más insufrible de todas las servidumbres.

Su mirada era triste y su tristeza se acentuaba más porque sus grandes ojos soñadores estaban colocados en mitad de una cara enfermiza y pálida, “palidez enfermiza, pero romántica”, como nos decía a los amigos.

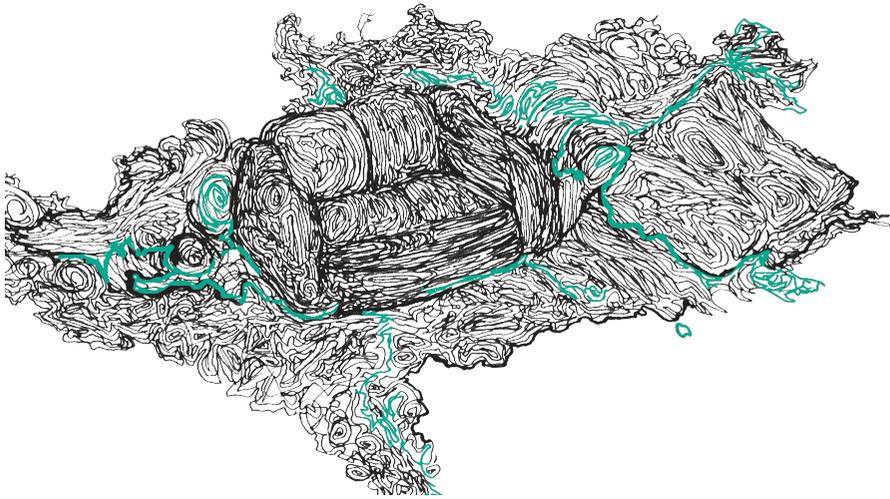
En cierta ocasión, cuando el médico le recomendó un ejercicio físico violento para tonificar su organismo, Julián sonrió y movió los hombros en señal de negación; fue el único ejercicio que hizo mientras vivió.

Muchas veces se dirigió a la Cámara de Diputados solicitando que en la Constitución general de la República figuraran, en uno de sus artículos, las ocho horas de descanso obligatorio del individuo, preparando así una nueva generación de hombres sin prejuicios: “La libertad integral —decía— se consigue únicamente con el ocio, tal como lo entendían los griegos. El ocio para procurar el bien del Estado: el ocio dedicado a la política”. Muchas veces, basado en el anterior razonamiento, se ilusionó y quiso ser diputado.

Un día que salíamos del colegio me invitó a tomar té en un café de chinos y a platicar sobre sus nuevas e interesantes teorías, las cuales me animo a referirlas.

Con mucha sencillez habló de la siguiente manera:

—El ocio es una defensa orgánica del hombre y representa el mismo papel que los leucocitos en el organismo. El trabajo es una costumbre viciosa del hombre que es necesario destruir con su implacable enemigo, la holganza.



Yo alcé la voz para replicarle, pero él la levantó más y se irguió sobre su asiento para continuar con calor:

46 —En la escala zoológica el hombre es el único animal que trabaja; el jumento lo hace obligado por el garrote del amo. La abeja y la hormiga cuando lo hacen es por instinto; por lo contrario, el hombre lo hace por necesidad y en contra de su albedrío.

El hombre que dedica su vida al ocio es el ser libre por antonomasia, pues en esa postura humana hace lo que le place y no hay poder que le haga ser esclavo. Nuestros indígenas son libres porque no aman el trabajo. Ya Baltasar Gracián dijo que en América se había refugiado el ocio. En este continente ha nacido la libertad, y nosotros se la prestamos a los europeos.

Y así vivió Julián Larios, fiel a sus ideas y convicciones sobre el ocio. Tuvo, por qué no decirlo, leales y convencidos discípulos que llegaron a emularlo.

Julián Larios, el poeta del ocio, tenía ideas originales. Poseía un gran acopio de conocimientos y una erudición nada común, a más de una cultura sólida y excepcional, que solía definir como “el arte de olvidar al autor en el cual se había aprendido un conocimiento”.

En cierta ocasión que el dolor le atormentaba le vi llorar con grandes lágrimas, arregladas a su dolor que seguramente también debió ser inmenso; sin embargo, logró contener su llanto, y con una sonrisa de arrepentimiento teorizó sobre este fenómeno fisiológico:

—Las lágrimas, con su sabor de agua de mar o de carabaña, puras y cristalinas como de manantial de roca, debían tener alma y el alma podía prestarles uno de esos colorantes que tienen un nombre bello y musical: azul de metileno, rosa de bengala o verde de París; así como las señales del tránsito cambian de color de acuerdo con las circunstancias, con las lágrimas debería de suceder otro tanto. Sería aconsejable un color para ellas de acuerdo con la emoción o el estado de ánimo del sujeto. En los momentos de una tranquila alegría, lágrimas color de rosa; de ira, rojas; de tristeza, gris; de amor, azul pálido; y así de acuerdo con la gama musical de los colores.

A nuestro personaje le molestaban las cosas vulgares de la vida. Cuando aprendió a escribir en la máquina, le atormentaba ese ruido monótono y seco que produce el principiante; por eso había elaborado un invento muy gracioso que consis-

tía en una máquina de escribir cuyo teclado, al ser oprimido, produciría notas musicales.

Pero llegó el día fatal, seguramente escrito con caracteres negros en su calendario mental. Y fue cuando el hombre flojo por filosofía propia tuvo que trabajar, pues sus parientes y familiares habían muerto y era necesaria una ocupación para poder subsistir.

La vida fue muy dura y amarga para el hombre que nunca quiso hacer nada. Cuando decidió trabajar ninguno de sus amigos se lo creyó; de aquí que muchas veces se viera obligado a peregrinar por casi todas las oficinas públicas. Sus amigos reían de él y, respetuosos con sus pensamientos, se negaban a emplearlo para que no traicionara sus ideas sobre el ocio, que, según él, llamábase en la historia, helénico.

48

Una noche que se encontraba acostado en su cama, atormentado por el insomnio, pretendió suicidarse, pero no encontró a la mano un veneno que le supiera sabroso, como, por ejemplo, un chicle a base de acónito o de cianuro de mercurio. De pronto pensó en el tren eléctrico, pero cambió de proyecto porque la noche era fría y la vía estaba a muchas calles de distancia. Bostezó como un león viejo, y haciéndose una bola entre las sábanas pensó en dormir; al fin y al cabo el sueño es una muerte en miniatura.

A la mañana siguiente despertó muy cansado; había soñado que toda la noche la pasó trabajando, picando piedra en una carretera muy larga, sentenciado a trabajos forzados.

Su última esperanza para conseguir un empleo fue un antiguo compañero de colegio cuyo padre a la sazón era ministro. El amigo lo llevó personalmente con el padre, y el buen hombre le dio un modesto empleo, para nunca volverlo a ver. El señor ministro, cuando los despidió, dióle una palmadita a Julián y le dijo cariñosamente: “Ahora sí, amiguito: a trabajar”. Inmediatamente empezó su vida sistematizada: entrar a la misma hora y saludar a todas las personas desconocidas que encontraba en su camino.

Tocole en suerte un viejo escritorio y una silla dura. Como en la mañana remendó la parte trasera del pantalón, poniendo unos periódicos para tapar el agujero que presentaba el casimir, al sentarse sobre el asiento sonó el papel que llevaba detrás y todos los empleados, al escuchar, volvieron la cara creyendo que había roto el primer escrito que salía mal.

Julián Larios, obligado por la miseria, comprendió que no podía vivir sin hacer algo útil, desgraciadamente. Reflexionaba: “El hombre paga por todo lo que desea hacer: cenar en un restaurant, ir al cine o a un baile; y solo por trabajar es por lo único que le pagan”. Julián tenía que trabajar mucho, mucho más que los otros empleados, para de esta manera borrar con el sudor de su frente su fama de ser “El apóstol del ocio”.

El empleo que desempeñaba era modestísimo; apenas le daba tres pesos diarios, sin contar los descuentos: cooperación voluntaria para varios grupos políticos sostenidos por su

jefe y una cuota extraordinaria para la “Asociación Belga del Náufrago Internacional”, cuyo corresponsal honorario era el ya varias veces citado jefe de la oficina. “Algo es algo —pensó Larios al aceptar el cargo—. Rockefeller, el famoso millonario, empezó a trabajar recogiendo alfileres perdidos por sus dueños”. Él se animó, de acuerdo con los tiempos actuales, a recoger los “clips” que distraídamente dejaban caer los jefes. Así, seguramente, tarde o temprano llegaría a ministro.

50

A los quince días de asiduo trabajo le aumentaron quince centavos de sueldo. Entonces se dio cuenta de que el trabajo servía para algo. Estimulado por el merecido ascenso, fue más puntual que todos sus compañeros de labores y, para no imitar malas costumbres, nunca leyó el periódico antes de empezar a trabajar, como lo hacían todos. Tampoco distraía a sus amigos contándoles cuentos o cosas sin sentido; por lo contrario, procuraba ser muy servicial con todos y hasta hacía el trabajo de muchos compañeros a quienes se les dificultaba alguna tarea. Siempre se vio a nuestro héroe correr muy ligero por los corredores sin que se le cayera el lápiz que constantemente llevaba detrás de la oreja.

Julián Larios sufrió una radical transformación: fue el modelo de su oficina y estaba orgulloso de ser tan trabajador; él mismo se desconocía. Si el Estado hubiera organizado un concurso para premiar al empleado modelo, con toda seguridad habría ganado la copa o medalla señalada como premio.

Uno de tantos días, un periódico de la tarde publicó una noticia elogiando a Julián Larios; un diputado le llamó “el burócrata diligente y eficaz”, pues le había despachado un asunto en solo 15 días. En cambio, se quejaba amargamente del telégrafo porque no llegaban a tiempo sus palabras.

El jefe, hombre gordo y de clavel en el ojal de la americana, al leer la noticia palideció de envidia, ya que además supo que su subordinado había tenido tres ascensos en un año y temió que, con tantos méritos hechos por el empleado, pronto lo desplazaría ocupando su bien remunerado empleo. Desde entonces le hizo trabajar más; quería aburrirlo, ya que Larios, viéndose agobiado por el exceso de ocupación, se iría a su casa. Pero pasó lo contrario: cuanto más trabajo le daba, Julián parecía sentirse más feliz y lo despachaba con mayor rapidez y esmero.

En vano el jefe ensayó otro sistema encomendándole labores que, por difíciles, él mismo no había podido desarrollar. Todo inútil: Julián Larios, a la mañana siguiente, se presentaba con el problema resuelto y con una sonrisa de satisfacción. El jefe, muchas veces, le corrigió el trabajo poniéndole una gran coma con lápiz rojo, obligándolo a que lo volviera a hacer.

Vencido el jefe por la actividad desplegada por el pobre hombre, puso en juego una hábil estratagema que cuento tal como me la refirió un amigo de Larios.

Julián, el día que trabajó más y el único que se sintió cansado por primera vez, fue llamado, con las debidas reservas, por su jefe, que ese día había estrenado un traje azul pavo; el jefe, lanzando al espacio una bocanada del humo de su puro, se quedó mirando las volutas que formaban caprichosas figuras. Envuelto en una gruesa cortina de humo y como si fuera un ser mitológico, habló en estos o parecidos términos:

—Mi querido y joven amigo: desde hace algún tiempo he venido observando, con gran interés y placer para mí, sus maravillosas facultades para el trabajo; he visto con satisfacción que constituye motivo de particular orgullo para el Ministerio, del que soy un oscuro y humilde colaborador. Todo talento y destreza deben ser premiados por el gobierno y en tal forma estimular a sus servidores; pero, desgraciadamente, este no ha previsto tales recompensas. Joven, ha llegado a la cúspide de su carrera burocrática y lamento que desperdicie su talento, energía y fuerza creadora, pero sobre todo su envidiable juventud, en esta oficina, desempeñando oficios sin relieve. Usted, sin saberlo, tiene un maravilloso porvenir, que yo he descubierto: por su mucha actividad le está reservado un mundo venturoso que le puede colocar como timonel en la nave del Estado o de las finanzas. Su porvenir no está aquí, en esta triste y desolada oficina; es necesario salir a la calle y luchar con los molinos de viento de la política y obtener el triunfo. De aquí que yo haya meditado la conveniencia de que presente la renuncia al cargo que desempeña y cubrir

de paso un compromiso con otro amigo. Sería injusto que cesara a Ramírez, tan inútil y cargado de hijos, o a Morales, que todo el día duerme, pero por enfermedad. Sería criminal lanzar a estos infelices a la calle porque son unos inútiles y morirían de hambre. En cambio, usted se puede abrir campo en cualquier lugar y con mayor facilidad. La renuncia que hoy le suplico debe ser para usted motivo de orgullo y placentera satisfacción. Y, además, de agradecimiento, ya que le brindo un porvenir risueño, feliz y triunfal.

Y, sonriendo, continuó:

—Seguramente cuando usted sea banquero podrá regalarme un reloj para que yo pueda llegar a la oficina a hora temprana, con la misma puntualidad que le hizo famoso.

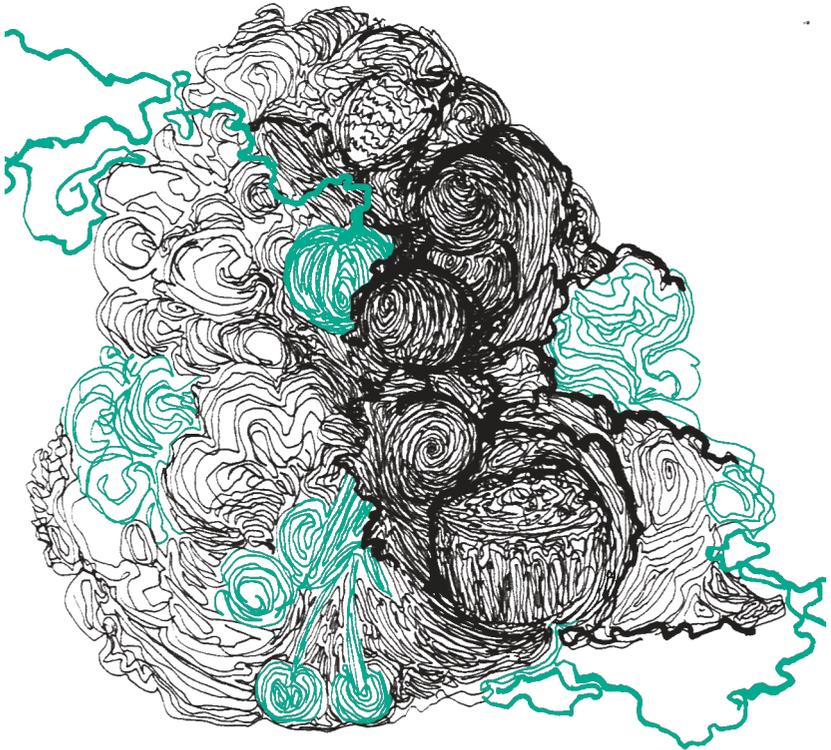
Julián Larios firmó sobre un papel que tenía en el margen un sello, secó su firma, entregó la renuncia al jefe y le dio las gracias por el favor recibido.

En la calle caminaba aprisa, como persona feliz; iba tan distraído cuando atravesó la calle que un automóvil muy lujoso hubo de tocarle el “claxon” para no atropellarlo. Volvió a la realidad y pensó comprar un vehículo parecido.

Años después lo encontré sentado en la banca de un jardín; estaba triste y con las barbas muy crecidas, los zapatos rotos y el traje viejo. Me acerqué a él y no me habló; se concretó a bostezar, lanzando un silbido agudo y penetrante, casi un aullido disimulado, como si fuera el silbato de una fábrica que

indicara que había comenzado la hora de entrar a su trabajo de no hacer nada, que era la libertad que inventara en su ya para siempre perdida juventud.

54



Nota editorial

Los tres cuentos fueron tomados de César Garizurieta, *Un trompo baila en el cielo y otros relatos*. Recopilación, edición y notas de Dafne Iliana Guerra Alvarado y Raquel Mosqueda Rivera. Prólogo de Raquel Mosqueda Rivera. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2011. (Deuda Sal-dada, 5)

Contenido

César Garizurieta y el no tan inocente humor	7
El diablo no llegó	13
Un agujero en el zapato	29
El apóstol del ocio	41
Nota editorial	55

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Stella Cuéllar
COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN: Mercedes Flores Reyna
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: María Guadalupe Martínez Gil
DISEÑO DE PORTADA: Itzel Nájera Luna
ILUSTRACIONES: Eduardo Barrera R.

“El diablo no llegó” y otros relatos,

editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas,
siendo jefa del Departamento de Publicaciones
Carolina Olivares Chávez, se terminó de imprimir
el 4 de mayo de 2015 en los talleres de
Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.,
ubicados en Municipio Libre 175,
colonia Portales, Delegación Benito Juárez,
México, D. F., C. P. 03300

Tipografía: Adobe Garamond Pro
de 11 puntos y Mr Eaves Sans OT
de 17 puntos.

La edición consta de 1 000 ejemplares
impresos en papel Bond blanco de 120 gramos
mediante el sistema de impresión offset.

